



Compromiso Social en Acción de los Estudiantes de la Univ. de Chile  
Curso de Formación General  
Universidad de Chile

**Autor:** Gabriel Caballero  
**Año:** 2017

### **El voluntariado universitario en el marco de una sociedad neoliberal**

Los voluntarios han sido siempre parte importante del país, sobre todo en los diversos casos en que las políticas de Estado no han sido capaces de cubrir satisfactoriamente las necesidades requeridas por la población. Y es que la acción voluntaria que realizan ciudadanas y ciudadanos a lo largo de todo el país aparece como una instancia de colaboración social y fortalecimiento de la ciudadanía en una diversidad de materias (Aravena, s.f.).

La acción voluntaria es la elección libre de ocuparse de los intereses de otras personas. Esta elección libre mantiene la calidad ética de la acción en el marco de una triple aspiración: la estima de sí mismo, la solidaridad con los demás y el compromiso por una sociedad justa (García-Roca, 1994; citado en Aravena, s.f.). Además, debe cumplir con una motivación no pecunaria, es decir, no existe una retribución económica per se por la acción realizada (Gaete, 2015).

Casos como los de los primeros estudiantes voluntarios de la Fech a principios de 1900, los cuales se movilizaron a Valparaíso para asistir a los habitantes de los cerros azotados por un gran incendio en dicha ciudad y que de esta manera complementaron la nula fuerza de rescate y planes de emergencia del gobierno de turno, reflejan el impacto que estos grupos pueden tener en la contingencia nacional. Sin embargo, esta acción valió una rivalidad a esos estudiantes y con quienes ostentaban el poder hegemónico, ya que no sólo fue una reacción de emergencia ante la situación particular que vivía Valparaíso en ese momento, sino también fue un acto que demostró la poca preocupación que el Estado tenía con los grupos sociales más desposeídos. Fue en esencia también un acto político. Por ende, la asistencia de los estudiantes a los pobladores de los cerros en llamas también buscó demostrar que los pobres tenían el derecho de recibir tratamientos odontológicos, médicos, entre otras especialidades que manejaban los jóvenes gracias a sus conocimientos universitarios adquiridos. Esto rescata lo que García-Roca (1994; citado en Aravena, s.f.) expresaba respecto a la emancipación de las personas que debe tener como horizonte el voluntariado, enfrentando la marginalidad y vulnerabilidad que conlleva la pobreza y no sólo centrarse en las acciones paliativas de los daños del propio incendio.

En suma, el gobierno de turno en ese momento, a través de una premiación simbólica a estos voluntarios, “reconoció” el aporte de la Fech en ese momento, pero de paso estaban anexando de alguna manera sus planes de contingencia a la oportuna reacción de los estudiantes, justificando su inoperancia y descansando en la acción de un grupo de muchachos desinteresados que actuaron por nobleza y por un principio propio de ayuda a sus compatriotas.

Lo anterior no es casualidad. Y es que como determinó Aravena (s.f.), existe una particularidad dentro del voluntariado, que es que los jóvenes como grupo son altamente activos en la acción voluntaria, demostrando su gran compromiso para avanzar en la construcción de una sociedad más justa, tolerante y solidaria. De hecho, según datos de PNUD, la participación de los jóvenes en ámbitos vinculados a lo social supera el promedio internacional.

Pero los tiempos han cambiado y hoy por hoy desde el Estado no sólo se valora, sino que también se fomenta a las asociaciones voluntarias, promoviendo incluso dotarlas de soporte legal e institucional pertinente y viable, ya que representan valores generalizables para la sociedad (Aravena, s.f.). Este aspecto es fundamental, ya que investigaciones como la de Ríos (2004; citado en Gaete, 2015) descartan como expresiones de voluntariado a las acciones de ayuda a terceros desarrolladas fuera de una institución o marco organizativo formal específico. Además, desde los mismos grupos de voluntarios existe una interpretación positiva respecto a este soporte institucional, sin que ello sea evaluado como manipulación (Aravena, s.f.), evitando así que se repita lo ocurrido a principios del siglo XIX.

Además, en la actualidad, se reconoce el importante poder de convocatoria a los ciudadanos para realizar trabajos voluntarios, sobre todo frente a situaciones de emergencia y catástrofes. No obstante, fomentar la realización de una acción sistemática, capacitada y permanente, mediante la sensibilización de la población y que cuente con los canales definidos que permitan canalizar la energía solidaria se hace fundamental para la sociedad (Aravena, s.f.).

Ante lo anterior, también es pertinente considerar el respaldo institucional en términos de financiamiento. Como se dijo anteriormente, en un voluntariado no existe una motivación pecunaria que signifique retribución económica, pero se hace necesario discutir este aspecto al momento de mantener en pie los proyectos de los grupos voluntarios. Es en este punto en el que la acción de voluntariado roza un límite que puede definir las verdaderas intenciones del grupo. Y es que se hace necesario generar un acercamiento al sector privado para co-financiar las acciones (García-Roca, 1994; citado en Aravena, s.f.).

Esta es una discusión abierta hasta el día de hoy, sobre todo en el marco del modelo neoliberal en el que estamos enmarcados como sociedad. Tanto es así, que es muy difícil no caer en lo denominado como “prestación de servicios”, siendo el privado el socio capitalista que pone los recursos aprovechando las destrezas de quienes llevan a cabo las acciones, adscribiéndose a las necesidades del mercado. Es en este límite definitorio en el que debemos cuestionarnos cómo funciona hoy específicamente el voluntariado.

Para ilustrar esta situación, nuevamente podemos remitir al voluntariado que llevan a cabo los estudiantes universitarios. El esfuerzo de la Fech en sus años de formación (alrededor del 1900) no fueron casos aislados, sino que pavimentaron una forma de materializar solidaridad y altruismo en acciones pragmáticas, incidiendo socialmente (Soler, 2007; citado en Gaete, 2015). Estas acciones pragmáticas se llevaron a cabo por el mecanismo de la extensión, la cual expresó la vocación de servicio y compromiso de acción social de algunas universidades (Sepúlveda, 2015).

La conducta altruista, fundamental en los procesos de voluntariado, ha sido algo que nuestro sistema socio-económico desde sus bases teóricas ha obviado, ya que el capitalismo según el mismísimo Adam Smith se sustenta en el gen individualista y egoísta que tenemos como individuos, pero dicho gen no se ve expresado en, por ejemplo, el contexto universitario. Y es que la Universidad, no sólo como institución, sino que también como un campo en el que se desarrolla una cultura determinada, se le ha reconocido como una de sus principales funciones la de propugnar el desarrollo social, ya que la historia juzgaría a los establecimientos de educación superior que incumplan esta máxima fundamental, esto es, es una función inherente a ser Universidad (Sepúlveda, 2015).

Pero el modelo neoliberal chileno ha contraatacado, generando universidades que más que tener un compromiso explícito y prioritario con las necesidades del desarrollo social de un país, se enfocan en reproducir y formar las elites dirigentes del mañana, desde una perspectiva explícitamente conservadora, enfocándose más bien en las necesidades del mercado (Sepúlveda, 2015), siendo esta su forma de “extensión”. De esta manera rompen con esa función inherente a la cultura universitaria, generando profesionales y produciendo investigaciones por competencia, intentando liderar los rankings de “calidad” mediante su cantidad de egresados y papers y vendiéndose mejor en el mercado. Esto contagia a universidades como la Universidad de Chile, pública en su esencia, produciendo universidades mayormente profesionalizantes, técnicas, en desmedro de una formación cultural. Así, la responsabilidad que deben sostener las universidades nace desde los conceptos de gestión de las empresas, habiendo una necesidad de sobrevivir en el mercado (Sepúlveda, 2015).

El voluntariado, como toda la cultura universitaria, ha sufrido este contagio, orientándose hacia una mayor profesionalización de sus actividades, adquiriendo un carácter vertical, asistencialista, reproduciendo su propia realidad estudiantil de lo que Freire (2008; citado en Gaete, 2015) refiere como “educación bancaria”, donde los educandos son los depositarios y los educadores lo que depositan.

Es debido a lo anterior que se hace imperioso que las universidades socialmente responsables respecto del voluntariado sean capaces de articularlo con la formación y la investigación (Vallaey, s.f.; citado en Gaete, 2015), no convirtiéndose el campo de la acción voluntaria en un lugar de más donde se pueda reproducir la educación bancaria y el modelo neoliberal. Se debe transformar a las actividades de voluntariado universitario en un aspecto integral del quehacer universitario y no dejándolo como un hecho aislado o circunstancial (Gaete, 2015). De esta manera, los procesos de voluntariado otorgan a las universidades la oportunidad de formar a sus estudiantes en valores tan importantes como el respeto, la tolerancia o la empatía con el otro, asegurarse de que sus estudiantes adquieran la sensibilidad suficiente para valorar la dimensión humana que acompaña cada problema, pudiendo entender y decidir mejor y más justamente (Arias, 2008; citado en Gaete, 2015). También así se permite que la acción voluntaria tenga nuevamente lo que Gaete (2015) refiere como reciprocidad, orientándose no sólo

simplemente a la asistencia del otro, sino al crecimiento de ambos partícipes, contribuyendo con la formación profesional y la inculcación de los valores anteriormente descritos a los estudiantes.

Se hace difícil entonces hacer voluntariado en el límite entre la “prestación de servicios”, más enmarcado en lo que defina el neoliberalismo y el mercado imperante, y entre el marco de la conducta altruista y solidaridad propiamente tal, ya que esta definición no sólo depende del lucro que pueda o no pueda existir en la acción conjunta entre voluntarios y co-financiadores para mantener los proyectos en pie, sino que también de cómo la cultura universitaria se resignifica en el marco del mercado en el cual se inscribe, decidiendo si reproduce la educación bancaria en su educación y como derivación natural en los voluntariados de sus estudiantes, o más bien se encarga de rescatar la cultura universitaria inherente que existe en su institución, de manera de plasmar en sus alumnos los valores de empatía, tolerancia, entre otros, que le permitan lograr una real incidencia en el desarrollo social del país. Como sea que se den las cosas, lo cierto es que el voluntariado universitario ha sido y seguirá siendo fundamental para el lugar donde se lleve a cabo, por lo cual es necesario mantener la extensión universitaria de cualquier forma en que se dé.

Ante lo anterior, me quedo con lo expresado por García-Roca (1994, pág. 5; citado en Aravena, s.f.): “La acción voluntaria es como una orquesta: lo importante es que suene bien; importa poco si la flauta es de madera o de metal, si es propiedad de éste o de aquel. A la orquesta debemos exigirle coordinación, coherencia y concentración de esfuerzos”. No es que me conforme con que la “prestación de servicios” o el asistencialismo sea la mejor opción, de hecho, no lo es según mi perspectiva, pero debido al impacto que el voluntariado presenta en la sociedad, creo que se debe mantener a flote de cualquier manera mientras el sistema económico-político-social cambia.

## **Referencias Bibliográficas**

- Aravena, M. (Sin fecha). Voluntariado y Participación Ciudadana. *Fundación Prohumana*.
- Gaete, R. (2015). El voluntariado Universitario como ámbito de aprendizaje servicio y emprendimiento social: Un estudio de caso. *Última Década*, 23(43), 235-260.
- Sepúlveda, M. (2015). “*Universidades, vinculación con su entorno social y su rol social*”. *Opiniones de actores institucionales y estudiantes de universidades de Santiago de Chile*. Tesis para optar al Grado Académico de Magister en Trabajo Social, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago, Chile.